

IN MEMORIAM EDMUND PELLEGRINO

Juan Carlos Tealdi



Para Edmund Pellegrino (1920-2013), médico, humanista y bioeticista de Estados Unidos, resulta apropiado que en el título de una reseña de su muerte se utilice una frase latina como la que Alfred Tennyson eligiera para su célebre poema ele-

giaco. Como en todo humanista clásico -tal como fuera Pedro Laín Entralgo en el contexto de habla española-, el pensamiento y la obra de Pellegrino buscaron construirse sobre lecturas de la historia, la filosofía y la cultura griega y latina, aunque el punto de partida de su humanismo haya sido cristiano (y en esa perspectiva llegó a ser presidente de la Catholic University of America entre 1978 y 1982).

Como todo humanista clásico, Pellegrino fue un gran educador. Así le conocí en junio de 1989, cuando fue mi tutor en el Curso Intensivo de Bioética del Kennedy Institute of Ethics de la Universidad de Georgetown, que entonces todavía dirigía. De aquel primer contacto personal, que me causó un profundo impacto intelectual y motivacional, aprendí dos grandes lecciones. En primer lugar aprendí a coordinar un grupo interdisciplinario en bioética, garantizando la participación y respeto de todos sus integrantes, y conduciendo el proceso deliberativo hacia la producción de unas conclusiones que alcanzaran el mayor grado de fundamentación posible. Pellegrino era un maestro para enseñar esta habilidad integradora con estimulante sosiego y en clara diferencia con el estilo docente de los filósofos analíticos de la justificación moral por principios. En segundo término,

también profundicé con su enseñanza el complejo arte combinatorio de la ciencia y la experiencia médica, con las visiones de la argumentación jurídica, y con los valores, principios y virtudes de la ética filosófica. Pellegrino conjugaba en modo armónico este saber desde la bioética clínica en la que fue uno de sus mayores representantes. Y así fue que después de dejar la dirección del Kennedy Institute, llegó a ser fundador (1991) y director del Center for Clinical Bioethics de la Universidad de Georgetown -que hoy lleva su nombre-, para sumarse a la tradición de los centros de esa especialidad que ya se habían creado en la Universidad de Chicago con Mark Siegler y en el Departamento de Bioética de la Cleveland Clinic con George Kanoti.

La educación humanista para un cambio cultural en el campo de la medicina y las ciencias de la vida, y la bioética clínica para una respuesta racional a la problematización moral de la práctica médica, fueron así dos de sus mayores intereses a los que dedicó su vida académica. Pero, como todo médico humanista, Pellegrino sabía que la fundamentación de esa educación y esa práctica debían hacerse desde la conjugación mayor entre medicina y filosofía. Con esa certeza fue fundador en 1976 y director durante varios años del Journal of Medicine and Philosophy, la publicación periódica de referencia que trazó, junto a la serie de textos editados por H. Tristram Engelhardt bajo el título Philosophy and Medicine, las líneas fundacionales de la trama disciplinaria de una filosofía de la medicina que en Argentina y América Latina trabajaba José Alberto Mainetti desde la revista Quirón. Y fue en este campo que tuve mi segundo contacto personal con Pellegrino, a principios de los noventa, cuando durante algunos años fue director de una tesis (inconclusa) sobre estatuto epistemológico de la medicina en la que yo por entonces trabajaba.

En ese itinerario intelectual, Pellegrino trabajó junto al filósofo David Thomasma (1939-2002) para publicar sus tres textos más relevantes: *A Philosophical Basis for Medical Practice* (1981), *For the Patient's Good. The Restoration of Beneficence in Health Care* (1988), y *The Virtues in Medical Practice* (1993). Del primero llegué a realizar un minucioso estudio para aquel proyecto de tesis. Yo trabajaba entonces en colaboración con Mainetti y había aprendido mucho con él sobre humanismo médico y filosofía de la medicina, pero el contacto con aquel libro fue la tercera de las grandes entregas que recibí de Pellegrino y por las que siempre he llevado conmigo un profundo agradecimiento hacia su persona.

Hace algunos años encontré a Pellegrino en una reunión de los comités de bioética de la Unesco en París y le hablé entonces de mi trabajo en bioética de los derechos humanos. Habían pasado casi veinte años desde nuestro primer encuen-

tro y aquella fue nuestra última despedida. Cuando alguien muere surge en nosotros el dolor de la pérdida y la gratitud hacia la bondad de su legado. Cada uno tiene el recuerdo de sus vivencias y yo he trazado algunas pinceladas de las mías junto a las que son patrimonio de todos. Pero hay en mí una que resta y que acaso conjugue en alguna suerte de sintaxis a todas las otras. Uno de los valores más altos que he cultivado en mi vida con mi mayor convicción, dedicación y empeño ha sido el de llegar a ser un buen médico. En esa corriente de mi proyecto de vida, he agotado mi afán en la búsqueda de una teoría y una práctica que concilien en modo indisociable a los fundamentos tecno-científicos y ético-filosóficos de la medicina. Pellegrino fue un maestro para guiar esa búsqueda y un ejemplo mayor del llegar, por ese camino, a ser un buen médico. Por eso creo que para quienes compartimos ese ideal este es su mayor legado, y es por eso, también, que creo que por ello le debemos nuestra mayor gratitud.